



**ALGUNOS  
PENSAMIENTOS  
SOBRE LA  
PROFECIA**

Edificación Cristiana

*H. Rossier*

## ALGUNOS PENSAMIENTOS SOBRE LA PROFECIA

Hacer una exposición sobre la profecía sería emprender un estudio tan inmenso que muchos cristianos se agotarían, pero al resumirlo brevemente, podríamos también limitarnos en estas paginas a presentar sobre este tema solo pensamientos mas o menos fragmentados.

La Profecía del Antiguo Testamento tiene dos aspectos, que es necesario distinguir el uno del otro. En el primer caso está dirigida a Israel, al pueblo de Dios, en un tiempo cuando Dios lo reconocía aun como pueblo; en el segundo caso la profecía se ocupa del pueblo tan culpable que Dios no le reconoce mas como estando en una relación vital con Él. En el primer caso la profecía está dirigida a la conciencia del pueblo para hacerlo volver del mal camino en la cual se ha comprometido; en el segundo caso Dios hace en anuncio de sus caminos hacia El durante el periodo cuando esta relación es interrumpida. Este anuncio será útil en un tiempo futuro para el pueblo cuando, humillado y arrepentido, se vuelva de nuevo hacia Dios, pero *ya no dirigido a ellos*.

Isaías y Jeremías por una parte, Daniel por el otro, nos presentan los dos aspectos de la profecía de la que hemos estado hablando. En los dos primeros profetas, Dios habla a su pueblo *según los principios de su gobierno* establecido hacia Israel en su Palabra; al contrario en Daniel, encontramos un *gobierno soberano* ejercitándose aparte de los propósitos de Dios hacia Israel. Aprendemos así lo que Dios va a hacer hacia los Caldeos o hacia las otras naciones, pero no lo que ha sido la costumbre de hacer según la norma conocida de sus caminos hacia su antiguo pueblo.

Cuando, en la Profecía, el pueblo, sin duda culpable, es reconocido aun siendo el *pueblo de Dios* vemos a los enemigos de afuera atacarlo; pero cuando ya no es reconocido como tal, este ataque no se limita: Dios nos da la historia de ciertos poderes que oprimen al pueblo y lo tienen en esclavitud.

Israel no entra en contacto con la Profecía cuando su estado moral corresponde a los pensamientos de Dios. No la encontramos en el tiempo cuando Israel sale de Egipto o ante el becerro de oro; ni, tampoco, en el tiempo cuando el pueblo atraviesa el Jordán y toma posesión de Canaán bajo la conducción de Josué. La profecía interviene, al contrario, cuando Israel abandona gradualmente, o bien definitivamente la posición de relación con Dios, en la cual Aquel le había colocado.

En el primer caso la conducta de la nación *puede aun parecer buena*, sin embargo inclinada poco a poco hacia el mal. Dios necesariamente debe tomarlo en cuenta, porque el pueblo habiendo sido establecido delante de El en el plano de su responsabilidad, tiene que reconocer a Jehová, sus mandamientos y su ley.

Cuando el reino ha sido instituido, se introduce una segunda responsabilidad en la conducta del pueblo, es la responsabilidad de la familia de David, porque David es levantado en gracia cuando el pueblo ha faltado a todas las obligaciones hacia Dios. A estas dos responsabilidades se agrega una tercera,

que trata de un punto especial de la historia de Israel: la responsabilidad de haber rechazado al Mesías que Dios les había enviado.

\*\*\*\*\*

En cuanto al motivo moral de la Profecía, esta es múltiple:

La profecía es primeramente la revelación de las cosas por venir.

Enseguida ella proclama el juicio del mal en medio de aquellos donde el mal se manifiesta y que son culpables; pero al mismo tiempo ella es la Revelación del medio que Dios va a emplear para manejar la libertad de su pueblo, y colocarlo al amparo de las consecuencias del juicio. Fue así en los días de Noe. Este patriarca, divinamente advertido, condenó al mundo construyendo un arca, porque la maldad de los hombres había llegado a su colmo anunciando *proféticamente* el diluvio durante 120 años, y al mismo tiempo proclama que *la liberación* estaba en el arca. Pero si el juicio sobre el mundo debía ejecutarse, correspondía también al carácter de Dios el anunciarlo por anticipado y que este juicio alcanzara incluso mas allá de los últimos límites de su paciencia.

Si la Profecía es la manifestación del mal donde el pueblo de Dios es culpable, al mismo tiempo es un llamado al arrepentimiento, y no estando aun el juicio, ella es en si una gracia.

\*\*\*\*\*

Cuando el estado del pueblo, como tal, definitivamente no tiene remedio, la profecía llega a ser *un aliento* precioso para los que han permanecido fieles en medio de la infidelidad general: de allí el rol tan importante que juega el *Residuo de Israel* en la Profecía del Antiguo Testamento. Luego ella no es solamente la revelación de los juicios por venir, sino *un testimonio* dado a la fidelidad. Este testimonio proclama que Dios permanece fiel y que, a pesar de todo, El no negará jamás las promesas dadas a su pueblo. Estas promesas, cualesquiera que sean, se concentran y se confirman todas *en Cristo*. El es el objeto del cual, sin excepción, todo conducirá a Él « *Porque todas las promesas de Dios son en él Sí, y en él Amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios* » Incluso el curso tan rápido que lleva el mundo hacia los juicios, concurrirá a la gloria final de Cristo.

\*\*\*\*\*

La Profecía anuncia a menudo los juicios que van a caer sobre el pueblo en medio de un estado de cosas relativamente prospera, caracterizado por la fidelidad de los Reyes a quienes Dios había confiado el cuidado y la conducta del pueblo. No habiendo Dios retirado aun su mano, la historia del pueblo registra bendiciones aparentes, pero si se considera a fondo el cuadro moral que presenta la nación, encontramos que no corresponde con el carácter de los sacerdotes que hasta entonces le han dirigido concienzudamente.

Cuando el Espíritu de Dios actúa en medio de este estado de cosas, toma conocimiento del mal, señala el pecado, no actúa ligeramente sobre los hechos y sobre los culpables como el corazón del hombre estaría dispuesto a hacerlo,

sino que dirige todo para el bien del pueblo y su conversión. También toma conocimiento del mal, incluso antes que este sea plenamente manifestado y no retira su mano hasta *cuando ya no hay mas remedio*.

Tal es el lugar que la Profecía ocupa en los caminos de Dios, pero, no lo olvidemos, al mismo tiempo que ella cumple esta tarea, *nutre y fortalece la fe*, porque muestra la gloria del Mesías, como la meta al cual todo conduce, y como el remedio a todo mal. Es así como Ana la profetisa hablaba de Cristo a todos los que, concientes del estado presente de las cosas, « *esperaban la redención*».

\*\*\*\*\*

Encontramos aun en la Profecía un principio sobre el cual es necesario insistir, y es este: Cuando Dios coloca un juicio sobre el estado de su pueblo, parte siempre con los privilegios en los cuales el los ha colocado desde el comienzo, las bendiciones que les ha concedido al dárselas. Considerando este punto de vista, Dios esta obligado a decir: « *no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga*» (Isaías 1:6) — Este principio permanece al igual que el estado de la Iglesia profesante o del pueblo de Israel « *Recuerda, por tanto, de dónde has caído*», dice el Señor a Efeso. «*Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído* » le dice a Sardis (Apocalipsis 2:5; 3:3) Jamás la conciencia del hombre es capaz de hacer un juicio puro y definitivo sobre su condición actual si la juzga frente al mal estado presente, y no según los privilegios pasados. Nada nos hace *humildes* como el juzgarnos de la misma manera como Dios juzga.

Es necesario remarcar apenas que la Profecía supone el *conocimiento* de Dios; conocimiento exterior sin duda, pero es según este conocimiento que Dios ha podido mantener las relaciones con el pueblo judío hasta Juan el Bautista.

Volvamos al *Residuo* del que hemos hablado mas arriba. Si, por una parte, Dios no puede quedar en relación con el Israel incrédulo y debe, exponerlo a los ataques de sus enemigos, o entregarlos a la esclavitud. — pero si, por otra parte, no puede abandonar definitivamente a este pueblo que le ha hecho promesas, porque sabemos que « *su llamado y sus promesas son sin arrepentimiento*»; el responde a las exigencias, en apariencia inconciliables de su santidad formando para si mismo un núcleo de fieles, salidos de la multitud de las tribus condenadas al juicio, y unidas con el Mesías sobre una nueva base, la de la *fe* y del *arrepentimiento*. Jehová estará en relación con el *Residuo* creyente, recibido en gracia; es a este residuo que le ha hecho depositario de todas sus promesas; de el que formará el núcleo de un pueblo futuro, un pueblo santo al cual le dará el reino; es el que, atravesando el fuego y los juicios, será purificado y reconocido públicamente por Jehová, porque habrá aceptado por la fe y el arrepentimiento, como Salvador, al Cordero de Dios anteriormente rechazado, menospreciado, odiado y entregado a la muerte.

La Profecía es dirigida al pueblo infiel que le anuncia de antemano la ira de Dios en su contra, con el propósito, si fuera posible, de conducirlo a Dios, porque, hasta el ultimo momento la puerta del retorno está abierta por medio del juicio de si mismo, el arrepentimiento.

Dirigida al Residuo, la Profecía le revela los medios que Dios va a emplear para operar su liberación. Estos medios se resumen todos en la revelación de la persona del Mesías, rechazado del pueblo, pero la única ancla de salvación para aquellos que creen en Él; en el Mesías que establecerá sobre la tierra, por los juicios y después de ellos, su reino de justicia y de paz. Luego el Residuo, el verdadero Israel, el pueblo de Cristo, será el centro inmediato de bendición para todas las naciones de la tierra.

Es así que el Cristo viene a ser la última palabra de la Profecía, donde el pecado del hombre y su rebelión en contra de Dios fue la primera palabra.

\*\*\*\*\*

Si la Profecía del Antiguo Testamento tiene casi siempre a Israel como tema, hay casos raros donde ella se ocupa directamente de las naciones. Vemos los profetas Daniel, Jonás, Abdías, Nahum. Los hombres al revelarse en contra Dios en Babel, Él los ha juzgado dispersándolos. Pero, por las lenguas que los ha conducido a esta dispersión, Dios ha formado a las naciones como un círculo, alrededor de Israel que ha llegado a ser el centro, como se dice: «*Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuándo hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos. Según el número de los hijos de Israel*» (Deuteronomio 32:8) Las naciones por su lado no reconocen a Israel como pueblo de Dios. Al contrario, se levantan contra el y le hacen la guerra, sin triunfar sin embargo en sus deseos por mucho tiempo porque el pueblo es relativamente fiel o se ha vuelto a su Dios. Mas tarde, Israel habiendo errado en su camino y no conservando la bendición por *la obediencia*, todo cambia. Dios confía el poder a los Gentiles (Daniel 2:37; 5:18). Solamente que los Gentiles no son para Dios un *pueblo central* como lo era Israel; es *el hombre* que, bajo el reino de las naciones llega a ser el *centro* para el hombre, mientras que Cristo es establecido por Dios como *centro de todas las cosas*.

\*\*\*\*\*

En general los profetas fechan sus profecías con el nombre de los reyes bajo el reinado de los cuales han profetizado. Hemos visto que, por un lado, el pueblo es responsable, y por el otro el rey por el cual Dios ha confiado la dirección del pueblo. Ha sido así desde el establecimiento del reinado con Saúl, pero sobretodo cuando Dios instituye un rey según su corazón, reinando en gracia y en poder en la persona de David, en paz y en gloria en la persona de Salomón, pero en vista del reinado futuro, colocado definitivamente en las manos de Cristo que llevará totalmente la responsabilidad absoluta y perfecta, para la gloria de Dios quien lo ha instituido. ¿ No se dice: « *Allí haré retoñar el poder de David; he dispuesto lámpara a mi ungido. A sus enemigos vestiré de confusión, mas sobre él florecerá su corona ?*» (Salmo 132:17,18) Si, Dios será glorificado plenamente por Cristo como consecuencia del fracaso definitivo del pueblo y de sus conductores.

Por otra parte, la profecía será empleada en adelante bajo el reino de Cristo, mientras que actualmente es Él quien da a la profecía su valor más alto, porque sin Él la profecía habría zozobrado desde hace tiempo en la ruina irremediable y definitiva de Israel y del hombre.



Estos dos elementos, la responsabilidad del pueblo y la del rey, a menudo se alternan para conducir las bendiciones o los castigos sobre Israel. Notemos aun al pasar que al mismo tiempo que la Profecía nos conduce invariablemente a los acontecimientos del fin, habitualmente se encuentran también en los escritos de los profetas algunos acontecimientos próximos que han dado lugar a su profecía.

\*\*\*\*\*

Podría ser útil agregar, al terminar, algunas palabras sobre los principales profetas. Estos últimos son diferenciados por los enemigos que Dios levanta a su pueblo. En *Isaías*, por ejemplo, el enemigo es el asirio que ataca a Judá sin esclavizarlo, pero hace presentir la cautividad de Babilonia. En *Jeremías*, Dios no ha pronunciado aun Lo-Ammi sobre su pueblo, pero el momento se acerca cuando será transportado a Babilonia. En *Ezequiel*, tenemos el último momento de la monarquía de Judá. Jehová abandona a Jerusalén y al templo. La gloria es quitada, pero el uno y el otro serán establecidos al final de los tiempos. En Daniel, el juicio es cumplido. El pueblo es abandonado por Dios y cautivo por los gentiles. La dominación es transferida a las naciones. Aquellos desean ser juzgados no según las normas judías del gobierno de Dios, sino según el poder que les ha sido confiado y al cual estiman serle fieles. Después con *Jeremías*, una débil fracción de Judá es reenviada a Babilonia a su tierra cuando el tiempo señalado por la cautividad se cumple, pero su incredulidad con respecto a la prohibición de regresar a Egipto atrae sobre el una destrucción definitiva.

Jerusalén es tomada, el templo destruido. La cautividad de 70 años llega a su fin; los reyes son reemplazados por gobernadores, el templo es reconstruido, la muralla de la ciudad es edificada nuevamente. Siglos pasan. Luego aparece Juan el Bautista, el más grande de los profetas, precursor inmediato del Mesías. El rechazo definitivo de este último pone fin la historia del pueblo, hasta que este diga « *¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!*»

Pero mientras que el Señor es presentado al pueblo que no desea nada de El, un pequeño Residuo del cual los doce apóstoles son el primer núcleo, atraído por la gracia del Mesías, se forma alrededor de El. Este Residuo viene a ser, después de la Resurrección de Cristo, por el envío del Espíritu Santo, la Asamblea, el cuerpo místico de Jesús en el cielo y su Esposa muy amada, que espera desde ya la venida del esposo que va a llevarla al cielo. Solo después de Su venida los sucesos proféticos proseguirán su curso judicial sobre la tierra, para introducir el reino milenial de Cristo. Estos eventos son: Israel incrédulo vuelve a entrar en su tierra, la bestia romana resucitada, el Anticristo, el Rey del Norte, el Rey del Medio, los juicios sobre todos ellos, la destrucción de la gran Babilonia, Satanás, arrojado del cielo, el establecimiento del reino milenial de Aquel que es la Raíz y la Posteridad de David. El Apocalipsis nos transporta del Judaísmo a la cristiandad que, una vez que la Iglesia viviente sea levantada, caerá bajo un juicio tanto más terrible como más maravillosos habían sido sus privilegios.

